

pañoles y de los italianos renacentistas, fué poeta predilecto para Torres—lo aseguro por largos años de comunión entre maestro y discípulo—entre todos, Leopardi:

«¡Espíritu sublime! El manto denso del olvido rasgando, llegaste hasta la inquieta actual generación; gime en nosotros su dolor inmenso; eres nuestro profeta
.....
»Y en el oscuro limbo donde enclavado yaces sollozante, se destaca tu frente con el nimbo de Lucrecio y de Dante».

Del atormentado castellano de Recanatti vertió con maestría amorosa *Bruto minore*, *A sé stesso* y algunos otros de sus escasos poemas. Similarmente, del reconcentrado y triste Vigny—alma fraterna de Leopardi—tradujo *La maison du berger* y *La bouteille a la mer*. Así, la desolación del que en el castillo de Loches hablaba «la torre de marfil», halló también en Torres intérprete envidiable.

Y fueron, de la propia manera, sus amores del corazón para Víctor Hugo, Lamartine, Edgard Quinet, Shelley, Keats, Heine, Byron, Poe, Tennyson, Dante Gabriel Rossetti, Albert Samain, y muchos otros, de todos los cuales nos dejó versiones plenas de vigor, de fidelidad y de sentimiento. En sus *Estudios ingleses* hay uno consagrado a la casa de Shakespeare, en Straford-on-Avon, que dedicó a don Marcelino Menendez Pelayo, y que es un auténtico arquetipo del *Essay*, estilo de los de Macaulay, Mathew Arnold y John Morley.

Poeta artista que como obra original nos legó *Némesis*, *Eleonora*, *La Abadía de Westminster*, el ya citado *Vencido*—lo era de verdad: tenía la inspiración alta y serena, el sentido de la armonía, del número y de la rima, y el léxico extenso propio de los lectores formidables que tanto indignan a los analfabetos.

Por eso, en sus ratos de expansión, gustaba de repetir:

«Oh, elación de la mente, que así irradian en los espacios y en la edad! oh, Arte! Por realizar mis sueños, por amarte, mi espíritu también nació en Arcadia!»

La intensa instrucción en literatura y humanidades, que predispone al dominio de la imaginación, fué en Torres complementada y templada, a un tiempo mismo, por el estudio de las ciencias positivas y de la jurisprudencia. En el Externado, el plantel inmortal a que alentó llama y carácter Nicolás Pinzón W., y del que Torres fué Vicerrector, éste escuchó las sólidas, medulares lecciones de Juan Da-

vid Herrera y de Ignacio V. Espinosa, apóstoles de la ciencia científica—valga el término—es decir, emancipada de las supersticiones, asentada sólo en la experimentación, que abre al espíritu los horizontes iluminados que los mitos pretenden velar a la investigación humana. Las disciplinas jurídicas constituyeron el ápice, el vértice común y soberano a aquella eurítmica pirámide mental.

El pensamiento de Torres fué influido por pensadores como el ya mentado Quinet, Taine, Guyau, Renan, Comte, Stuart-Mill, Bain y Spencer. De los unos aprehendió los matices, las evanescencias voluptuosas del estilo, el amable diletantismo curioso que sondea los varios aspectos de las cosas; de los otros la sólida armazón científica. Así, según un exactísimo símil de Laureano García Ortiz ahondando en las montañas cubiertas de la más sonreída vegetación encuéntrase siempre la granítica osamenta de las rocas. Esta conjunción de arte y de ciencia constituye el encanto, el prestigio y el sortilegio de los verdaderos escritores, que saben hacer interesantes y amables los más abstrusos temas. Por eso, entre nosotros, una grave disertación de Camacho Roldán, Santiago Pérez, Tomás Oziel Eastman, Pérez Triana, o Torres sobre Economía Política o sobre Sociología tiene el mismo inefable atractivo que un capítulo de Flammarión o de Figuiet sobre astronomía, o de Darwin sobre los pólipos ecuatoriales.

En nuestros medios, donde el libro es caro y de escasa circulación, el periodismo es casi siempre el solo ejercicio para para el publicista, casi siempre la tribuna propicia a la difusión de la ideas. Ya en otras oportunidades he contado la amistad fraternal que a Torres ligó con José Camacho Carriosa en el tráfago de la prensa. Torres periodista, lo fué de primera línea. Para improvisar con rapidez asombrosa acerca de los más varios temas, servíale a maravilla su vasta cultura. Por otra parte, la magia del estilo hacía que muchos de aquellos artículos lanzados sobre las cuartillas con la febricitante precipitación y urgida de la última hora, resultasen páginas de antología. Así los consagrados a Cánovas del Castillo, Bismarck, Gladstone, Parra, Camargo, Domingo Acosta, Waldeck Rousseau.

Tuvo el don de las cimas para atraer las tormentas y los rayos. La imbecilidad y la ignorancia ambientes no podían perdonarle su ilustración, su estilo triunfal, su desdén infinito por las proteicas modalidades de la vulgaridad. No hubo ceno bastante en el arroyo que no se le arrojase a la frente pura y altiva de pensador desinteresado: la estupidez perversa llegó, como

en el caso de Santiago Pérez, a escarnecerle su abnegada pobreza. Mas nunca descendió de la excelsitud en donde su propio valor intrínseco y la consideración de los hombres de bien lo colocaron, para devolver injuria por injuria, contumelia por contumelia, fango por fango. Calló, sonreído y desdeñoso, fuerte en el aplauso de su conciencia, repitiendo con Renán: «La vulgaridad de los hombres hace del aislamiento ético el lote obligado de aquel que sobrepasa a los demás por el ingenio y por el corazón». Evocaba a Zola denostado y escupido por el hampa en una saturnal del odio, y a quienes le preguntaban el por qué de tal mutismo, se contentaba con aducirles el proverbio árabe: «Los perros ladran, y la caravana pasa».

Todo aquel Calvario fué, para ceder el puesto al Tabor. Entonces vinieron los libros: *Idola Fori*, como obra capital. Quisieron los hados que casi simultáneamente apareciesen en los dos extremos opuestos de Austromérica dos cintilantes y hermosos libros de ideas: *Idola Fori*, inspirado a Torres por el sol ecuatorial; *Ariel*, puesto por Rodó bajo la piedad del Crucero. No es que el colombianismo, ni mucho menos el cariño grato al maestro y al amigo a quien tantas enseñanzas buenas y bellas debo, me ofusquen el criterio; mas me atrevo a proclamar la excelencia de la obra del colombiano sobre la del uruguayo. Más fuerte, más sólida la ideología—absolutamente científica—en Torres; más intenso también en éste el análisis del problema sociológico americano; por otro aspecto, el estilo, si más castigado en Rodó, no alcanza a la máscara gallardía que el de Torres ostenta.

La bestialidad repitió en Torres el caso del esquimal de Silva llevado al Louvre a pasear su salvajismo entre las Venus vencedoras y los Apolos gloriosos. Mas cuando Torres pasó bajo el arco triunfal del sepulcro, ya la bestialidad había huído, y quienes a Torres supimos amar y admirar, hoy podemos evocarlo en los días de sus luchas tremendas como al personaje simbólico de uno de sus poemas:

«Un algo el triste en su demencia espera. Oh, vedlo siempre en actitud que asombra: la faz clavada en la infinita esfera, la frente envuelta en la infinita sombra».

E. RODRÍGUEZ TRIANA

(Lecturas Dominicales, Bogotá).

